

EL ENCUENTRO

Desde aquel encuentro, para él, ella era el sol, la luna y las estrellas. Para ella, él ocupaba todo su universo. Se habían conocido en aquella exposición o cata de vinos que ella llevaba promocionando desde hacía algún tiempo y que heredó de su padre fallecido años atrás. Y fue aquella noche, en aquel evento donde tenían que encontrarse, como si ya estuviese programado desde el más allá, escrito en la vida de ambos, que así tenía que suceder. Hay momentos inexplicables que están fuera de cualquier explicación lógica conocida e inscritos en el ADN de ciertas personas que han de renovar, inexorablemente, algo que se truncó en otra vida anterior. Y ellos eran, sin saberlo, aquella noche, en aquel lugar, en aquella hora, los elegidos por el destino, o porque en sus vidas anteriores no se cumplieron todas las expectativas de su cometido y tenían que culminar aquella hazaña que vivieron no se sabe cuánto tiempo atrás en este mundo; ya que el tiempo no existe en otra dimensión. A pesar de todas las dificultades que se interpusieran entre ellos, había un imperativo invisible que los uniría para siempre, para compartir y dar sentido a aquella historia inacabada, que a partir de entonces irían "escribiendo" ambos, con el mismo pulso. Y

lo difícil es cómo aceptar esos caprichos que el azar impone de forma tajante involucrando a los protagonistas en la misma sensación: “seguramente, ya nos habíamos visto antes” “Es como si nos conociésemos de toda la vida”. Y, así y todo, con lo que conlleva la confianza, ellos no dudaron en apostar por una amistad que, en cierto modo, trastocaría sus vidas. Como un impacto emocional, un flechazo, una intuición de saberse cómplice el uno del otro, modificando una realidad que se desmoronaba ante una emoción, casi sobrenatural, contra la que no se puede luchar porque es más divina que humana. Fuera como fuese, si esa noche hubiese habido luna llena o no, o estuviesen acompañados por la Corte Celestial, nada habría interferido en esa primera sensación de familiaridad y camaradería. El caso fue que ambos sintieron a la vez que algo renacía en su interior, envolviéndoles en el mismo aroma. No era el vino, era el florecimiento del amor.

María del Valle Rubio